



El Garden Party
y otros cuentos

KATHERINE MANSFIELD

Contiene este libro algunos de los cuentos de la autora que mejor ilustran su estilo llano y poético, punto de partida para la percepción de un incomparable mundo interior que apenas se ve ensombrecido por su terrible sufrimiento físico y moral.

A John Middleton Murry

EN LA BAHÍA

I

Por la mañana, muy temprano. Aún no había salido el sol y toda la bahía de Crescent estaba oculta bajo la neblina blancuzca del mar. Las colinas cubiertas de maleza, en la parte de atrás, quedaban difuminadas. No se podía ver dónde terminaban y dónde empezaban los campos y los bungalows. La arenosa carretera había desaparecido y con ella los campos y bungalows del otro lado; a sus espaldas no se veían las blancas dunas cubiertas de matojos rojizos; no había nada que sirviese para distinguir lo que era la playa y dónde empezaba el mar. Había caído un fuerte rocío. La hierba era azulada. Gruesas gotas colgaban de la maleza, sin acabar de caer: el toi-toi, esponjoso y plateado, colgaba flácido de sus largos tallos, y las caléndulas y claveles de los jardines de los bungalows se doblaban hacia el suelo rezumando humedad. Las frías fuscias estaban empapadas, y redondas perlas de rocío moteaban las llanas hojas de los berros, Parecía como si el mar hubiera subido pacíficamente durante la noche, como si una inmensa ola hubiera roto avanzando, avanzando... ¿hasta dónde? Tal vez si alguien se hubiese despertado en plena noche hubiera podido atisbar un gran pez coleteando junto a la ventana y volviendo a desaparecer...

¡Ah, aaah!, susurraba el adormecido océano. Y desde los matojos llegaba el rumor de pequeños arroyuelos que discurrían veloces, ligeros, culebreando entre los pulidos guijarros, borboteando en las charcas de los helechos y vol-

viendo a manar; y se oían las grandes gotas salpicando entre las hojas anchas, y algo más —¿qué era?—, un débil temblor y una sacudida, el golpe de una ramita y luego un silencio tan profundo que parecía que alguien estuviese escuchando.

Contorneando la bahía de Crescent, entre los enormes montones de rocas quebradas, apareció un rebaño de ovejas avanzando con su leve trotecillo. Venían apretujadas, formando una masa pequeña, ondulante, lanosa, y sus patas delgadas, como bastones, avanzaban con rapidez, como si el frío y el silencio las asustaran. Tras ellas corría un perro pastor con las patas chorreantes y sucias de arena, el hocico pegado al suelo, pero despreocupado, como si estuviese pensando en otra cosa. Y luego apareció en la abertura rocosa el propio pastor. Un hombre enjuto, viejo, erguido, con un abrigo de frisa cubierto por una telaraña de gotitas diminutas, pantalones de pana atados bajo las rodillas, y un sombrero de fieltro de ala ancha con un pañuelo azul arrollado a modo de cinta. Llevaba una mano metida al cinto y con la otra agarraba un bastón amarillento bellamente pulimentado. Mientras caminaba sin la menor prisa, iba silbando una tonadilla ligera y dulce, una melodía distante y misteriosa de son tierno y lastimero. El viejo mastín efectuó un par de cabriolas y se detuvo en seco, como avergonzado de su travesura, y dio algunos pasos, con aires dignificados, al costado de su amo. Las ovejas emprendieron algunas carrerillas batiendo el suelo; empezaron a balar, y rebaños y manadas fantasmales les respondieron desde el fondo del mar. «¡Bee! ¡Bee!» Durante algún rato parecieron no moverse del mismo pedazo de tierra. Delante tenían el camino arenoso con pequeños charcos; a ambos lados había idénticos matorrales empapados de agua y las mismas umbrías cercas. Pero entonces algo descomunal apareció a su vista; un enorme gigante de pelos erizados, con los brazos abiertos. Era el enorme árbol de goma que crecía junto a la tienda de la señora Stubbs, y cuando pasa-

ron junto al lugar les llegó un penetrante aroma a eucaliptus. Ahora grandes manchas de luz centelleaban en la neblina. El pastor dejó de silbar; se frotó la nariz enrojecida y la húmeda barba en la manga mojada y, achicando los ojos, miró en dirección al mar. Salía el sol. Era maravilloso contemplar con qué rapidez se disipaba la bruma, levantándose, disolviéndose en aquella hondonada, desperezándose sobre los matorrales y desapareciendo, como si tuviese prisa por escapar; grandes espirales y remolinos se elevaban y empujaban a medida que los rayos plateados del sol se hacían más anchos. El lejano celaje —de un azul reluciente, inmaculado— se reflejaba en los charcos, y las gotas, nadando por los cables telefónicos, centelleaban como puntos luminosos. El mar ondulante y reverberante brillaba tanto que hacía daño a la vista. El pastor sacó del bolsillo anterior una pipa de cazoleta pequeña como una bellota, hurgó en busca de un pedazo de tabaco amazacotado, deshizo algunas briznas y embutió la cazoleta. Era un viejo de rasgos hermosos, adusto. Encendió la pipa y el humo azulado le envolvió la cabeza mientras el perro, que le contemplaba, parecía mostrarse orgulloso de él.

«¡Bee! ¡Bee!» Las ovejas se alejaron abriéndose como un abanico. Acababan de dejar atrás la colonia veraniega cuando el primer durmiente se dio media vuelta y levantó la cabeza somnolienta; sus balidos resonaron en los sueños de los niños... que levantaron sus bracitos para abrazar y acariciar a los preciosos corderillos lanosos del sueño. Y apareció el primer habitante: Florrie, la gata de los Bumell, sentada sobre un poste de la cancela, demasiado madrugadora como de costumbre, esperando a la lechera. Pero cuando divisó al perro pastor se incorporó velozmente, arqueó el dorso, contrajo su rostro gatuno, y pareció estremecerse con un ligero fastidio. «¡Vaya! ¡Qué criatura tan basta y repugnante!», dijo Florrie. Pero el viejo mastín, sin levantar la cabeza, pasó meneándose y tambaleando las patas de un lado a otro y se limitó a imprimir un ligero tem-

blequeo a una oreja para demostrar que la había visto y que la consideraba una gata joven y tontaina.

El aliento de la mañana despertóse entre los marojos y el olor a hojas y a tierra negra y húmeda se mezcló con el fuerte aroma del mar. Millares de pájaros rompieron a cantar. Un petirrojo pasó volando sobre la cabeza del pastor y, posándose en la punta de una rama, volvióse de cara al sol, atusándose las plumitas del pecho. Ahora ya habían pasado junto a la cabaña del pescador, y habían pasado junto al pequeño *whare* de aspecto calcinado en el que vivía Leda, la lechera, con su anciana abuela.

Las ovejas se esparcieron por un marjal amarillento y Wag, el sabueso, chapoteó tras ellas, las rodeó y fue empujándolas hacia el paso más empinado y estrecho por el que se salía de la bahía de Crescent encaminándose hacia la ensenada de Daylight. «¡Bee! ¡Bee!» El balido se fue debilitando a medida que se alejaron por el camino que la mañana sedaba rápidamente. El pastor guardó la pipa, metiéndosela en el bolsillo de la pechera, de modo que la cazoleta asomara por arriba. E inmediatamente reanudó su silbar dulce y misterioso. Wag correteó por el borde rocoso tras algo que desprendía un fuerte olor y volvió otra vez corriendo muy disgustado. Luego, empujándose, atropellándose, apresurándose, las ovejas doblaron la curva y el pastor las siguió hasta perderse de vista.

II

Algunos segundos más tarde se abrió la puerta trasera de uno de los bungalows, y una figura vestida con un bañador de gruesas listas salió corriendo al jardín, salvó el portillo, bajó como una exhalación por el herbazal de la vaguada, tambaleóse escalando la duna arenosa y corrió, como si en ello le fuera la vida, por las grandes piedras porosas, por

los guijarros fríos, mojados, hasta llegar a la arena compacta que relucía como el aceite. ¡Plis, plas! ¡Plis, plas! El agua le salpicó las piernas mientras Stanley Burnell se metía gozosamente en el mar. ¡Siempre el primero en bañarse, como de costumbre! Les había vuelto a ganar a todos. Y se agachó para zambullir la cabeza y el cuello.

—¡Salve, hermano! ¡Salve, oh, tú, poderosísimo! —una aterciopelada voz de bajo retronó sobre las aguas.

¡Maldito escocés! ¡Ojalá se lo llevase el diablo! Stanley levantó la cabeza a tiempo de ver una testa oscura oscilando mar adentro y un brazo que le saludaba. Era Jonathan Trout, ¡y había llegado antes que él!

—¡Una mañana espléndida! —canturreó la voz.

—¡Sí, una mañana deliciosa! —respondió Stanley secamente. ¿Por qué demonios no se bañaba aquel tipo en la zona que le correspondía? ¿Por qué tenía que ir precisamente hasta aquel lugar? Stanley agitó los pies, se hundió y nadó hacia la orilla con buen estilo. Pero Jonathan le podía. Le alcanzó con el pelo negro chorreando sobre la frente y la barbita empapada.

—¡Esta noche he tenido un sueño extraordinario! —gritó.

¿Qué diantres le ocurría a aquel hombre? Aquella manía conversatoria irritaba a Stanley hasta lo indecible. Y siempre contaba lo mismo, siempre cualquier pazguatería sobre algo que había soñado, o sobre cualquier sandez que había leído. Stanley se dejó flotar de espaldas y agitó los pies hasta convertirse en un surtidor humano. Pero aun así...

—He soñado que estaba suspendido de un acantilado altísimo, espeluznante, gritando a alguien que se encontraba abajo.

¡Ojalá fuese cierto!, pensó Stanley. No pensaba aguantarle ni un segundo más. Dejó de batir los pies.

—Oye, Trout —dijo—, lo siento pero esta mañana tengo bastante prisa.

—¿Bastante *qué*? —replicó Jonathan absolutamente sorprendido, o pretendiendo estarlo, tanto que se hundió bajo el agua y reapareció resoplando.

—Lo que quiero decir —prosiguió Stanley— es que no tengo tiempo para..., para... entretenerme. Sólo puedo permitirme un baño rápido. Tengo prisa. Tengo mucho trabajo que hacer esta mañana, ¿comprendes?

Jonathan hubo desaparecido antes de que Stanley concluyese.

—¡Ciao, amigo! —dijo amablemente la voz de bajo, y se alejó hendiendo el agua sin apenas levantar una salpicadura...

¡Maldito individuo! Ya había echado a perder el baño de Stanley. ¡Vaya con el bicho raro! Stanley volvió a nadar mar adentro y, con igual rapidez, regresó hacia la playa, y salió corriendo hacia la arena. Se sentía chasqueado.

Jonathan permaneció un poco más en el agua. Se dejó flotar, moviendo suavemente las manos, como si fuesen aletas, y dejando que el mar meciese su cuerpo largo y flaco. Era curioso, pero, a pesar de todo, sentía simpatía por Stanley Burnell. Era cierto, a veces sentía un endiablado deseo de burlarse de él, de hacer bromas a su costa, pero en el fondo le compadecía. Había algo patético en aquella determinación de Burnell por hacer que todos sus actos fuesen un trabajo perfecto. Uno no podía por menos de sentir que algún día sería descubierto cometiendo un error y entonces el pobre hombre se hundiría. En aquel instante una inmensa ola izó a Jonathan, continuó avanzando, y rompió en la playa con alegre son ¡Qué belleza! Y ahora venía otra. Así era como había que vivir —despreocupadamente, temerariamente, entregándose del todo—. Se puso en pie y empezó a caminar hacia la orilla, hincando los dedos de los pies en la arena firme y sinuosa. Había que tomarse las cosas con tranquilidad, dejarse llevar por la corriente y los meandros de la vida sin oponer resistencia —eso era lo que había que hacer—. Aquella tensión constan-

te era perjudicial. ¡Vivir, vivir! Y la mañana perfecta, lozana, hermosa, tostándose al sol, como si riese de su propia belleza, pareció susurrarle «¿y por qué no?»

Pero ahora Jonathan ya había salido del agua y estaba morado de frío. Le dolía todo; era como si alguien le estuviese estrujando para sacarle la sangre. Y mientras cruzaba a grandes pasos la playa, temblando, con los músculos anquilosados, también tuvo la sensación de que le habían estropeado el baño. Había estado en el agua demasiado rato.

III

Cuando Stanley apareció, vestido con un traje de estameña azul, cuello duro y corbata a topos, Beryl se hallaba sola en la sala de estar. Stanley tenía un aspecto casi sospechosamente limpio y acicalado; aquel día le tocaba ir a la ciudad. Dejose caer en su silla, sacó el reloj y lo colocó junto al plato.

—Sólo tengo veinticinco minutos —dijo—. ¿Quieres ir a ver si el *porridge* está listo, Beryl?

—Mamá acaba de ir a buscarlo —respondió Beryl. Se sentó a la mesa y le sirvió el té.

—¡Gracias! —dijo Stanley sorbiendo—. ¡Uy! —exclamó con voz sorprendida—, has olvidado el azúcar.

—¡Oh, perdona! —dijo ella, pero no le sirvió el azúcar, limitándose a pasarle el azucarero. ¿Qué significaba aquello? Mientras Stanley se servía, sus ojos azules se agrandaron enormemente y parecieron estremecerse. Dirigió una rápida mirada a su cuñada y recostóse en la silla.

—¿Sucede algo malo? —preguntó despreocupadamente, arreglándose el cuello duro.

Beryl tenía la cabeza inclinada y hacía girar el plato con los dedos.

—No, nada —contestó su vocecita. Y luego levantó también la mirada y sonrió a Stanley—. ¿Por qué lo dices?

—¡Oooh! No, por nada. Que yo sepa por nada. Me parecía que estabas un poco...

En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron las tres niñas, cada una llevando un plato de *porridge*. Iban vestidas igual, con un jersey azul y pantaloncitos, dejando desnudas sus piernecitas morenas, y las tres llevaban el pelo recogido en trenzas y sujeto arriba en lo que era conocido como cola de caballo. Tras ellas apareció la señora Fairfield con la bandeja.

—Cuidadito, niñas —advirtió. Pero las niñas andaban con muchísimo cuidado. Les encantaba que les permitiesen llevar cosas—. ¿Le habéis dado los buenos días a vuestro padre?

—Sí, abuela.

Y tomaron asiento en el banco situado frente a Stanley y Beryl.

—¡Buenos días, Stanley! —dijo la anciana señora Fairfield entregándole su plato.

—¡Buenos días, mamá! ¿Qué tal está el niño?

—¡Espléndido! Esta noche sólo se ha despertado una vez. ¡Hace una mañana radiante! —dijo la anciana deteniéndose con la mano sobre la barra de pan para dar un vistazo hacia el jardín a través de la puerta abierta. Se oía el sonido del mar. Por la ventana abierta de par en par el sol entraba con fuerza inundando las paredes de amarillo barniz y el suelo desnudo. Todo cuanto había sobre la mesa relucía y brillaba. En el centro había una vieja ensaladera llena de capuchinas rojas y amarillas. La anciana sonrió, y en sus ojos brilló una mirada de profunda satisfacción.

—¿Por qué no me corta una rebanada de ese pan, mamá? —dijo Stanley—. Sólo faltan doce minutos y medio para que pase el coche. ¿Le ha dado alguien mis zapatos a la muchacha?

—Sí, ya los tienes listos —respondió la señora Fairfield sin perder la compostura.

—¡Oh, Kezia! ¿Por qué tendrás que estar siempre haciendo porquerías? —exclamó Beryl desolada.

—¡Yo, tía Beryl! —replicó la niña, sorprendida. ¿Qué había hecho ahora? Se había limitado a excavar el lecho de un río en el *porridge*, luego lo había llenado y ahora se estaba comiendo las orillas. Pero eso lo hacía todas las mañanas y nunca nadie le había dicho nada.

—¿Por qué no puedes comer como Dios manda? Fíjate en Isabel y Lottie.

¡Qué injustas son las personas mayores!

—¡Pero si Lottie siempre hace una isla flotante! ¿Verdad, Lottie?

—Yo no —intervino Isabel, remilgada—. Yo lo rocío con azúcar, le pongo leche y me lo como. Jugar con la comida es de niños pequeños.

Stanley apartó su silla y se levantó.

—¿Puede traerme los zapatos, mamá? Y tú, Beryl, si has terminado, me gustaría que bajases corriendo hasta la cancela para parar el coche. Isabel, corre y pregúntale a tu madre dónde está mi sombrero hongo. Espera un segundo..., supongo que las niñas no habréis estado jugando con mi bastón.

—¡No, papá!

—¡Pues yo lo dejé aquí! —empezó a mascullar Stanley—. Recuerdo claramente haberlo dejado en este rincón. Vamos a ver: ¿quién lo ha tocado? No hay tiempo que perder. ¡Mirad por todas partes! Hay que encontrar el bastón.

Incluso Alice, la sirvienta, tuvo que participar en la búsqueda.

—Espero que no se le habrá ocurrido utilizarlo para atizar el fuego de la cocina, ¿verdad?

Stanley entro corriendo en el dormitorio en donde Linda continuaba acostada.

—Es increíble. No puedo dejar nada. ¡Ahora resulta que me han hecho desaparecer el bastón!

—¿El bastón, querido? ¿Qué bastón?

Stanley decidió que la incertidumbre que Linda demostraba en tales ocasiones no podía ser real. ¿No había nadie que sintiese simpatía hacia él?

—¡El coche! ¡Stanley, el coche! —gritó desde el portillo del jardín la voz de Beryl.

Stanley hizo un ademán con el brazo hacia Linda.

—¡No tengo tiempo para despedirme! —exclamó. Y lo dijo para que le sirviera de castigo.

Tomó rápidamente el sombrero hongo, salió corriendo de la casa y voló hacia la cancela. Sí, el coche le estaba esperando y Beryl, inclinada sobre el abierto portillo, se reía de alguien o de algo como si nada hubiese ocurrido. ¡Crueldad de las mujeres! Ese modo que tenían de dar por sentado que era uno quien debía deslomarse por ellas sin que ellas se tomaran ni siquiera la molestia de vigilar que no se te extraviase el bastón. Kelly hizo estallar el látigo sobre los caballos.

—Adiós, Stanley —se despidió Beryl, divertida, alegremente.

¡Sí, bien poco costaba decir adiós! Y allí se quedaba parada, sin hacer nada, protegiéndose los ojos del sol con la mano. Y lo peor de todo era que Stanley también tenía que gritar adiós, por guardar las apariencias. Por fin la vio girarse, dar un saltito y regresar corriendo hacia la casa. ¡Estaba contenta de haberse desembarazado de él!

Sí, lo estaba. Entró corriendo en la sala de estar y gritó:

—¡Ya se ha ido!

Linda contestó desde su habitación.

—¡Beryl! ¿Se ha ido Stanley?

Y la anciana señora Fairfield apareció con el niño envuelto en la mantita de franela.

—¿Se ha ido?

—¡Se ha ido!

Oh, qué alivio, qué diferencia tan grande cuando el hombre se iba de casa. Incluso sus voces cambiaban al llamarse unas a otras: parecían más cálidas y amables, como si compartiesen un secreto. Beryl volvió junto a la mesa.

—Mamá, tómate otra taza de té. Todavía está caliente.
—De algún modo quería celebrar el hecho de que ahora pudiesen obrar a su antojo. Ningún hombre iba a molestarlas: podían gozar a sus anchas de aquel día perfecto.

—No, gracias, hija —respondió la anciana señora Fairfield, pero el modo como en aquel instante jugueteó con el niño, lanzándolo al aire y diciendo «a-guu-agguu-a-gaa» significaba que sentía lo mismo. Las niñas salieron corriendo al jardín como gallinas escapadas del gallinero.

Incluso Alice, la sirvienta, que estaba lavando los platos en la cocina, se contagió de aquel estado de ánimo y empleó la preciada agua del depósito de modo absolutamente descuidado.

—¡Ah, los hombres! —suspiró, hundiendo la tetera en el barreño y manteniéndola bajo el agua incluso después de que dejase de burbujear, como si también fuese un hombre y mereciese perecer ahogada.

IV

—¡Isabel, espérame! ¡Espera, Kezia!

Allí estaba la pobrecilla Lottie, abandonada otra vez y todo porque le costaba tantísimo saltar el seto sola. Cuando se encaramó al primer peldaño del portillo las rodillas le comenzaron a temblar: se agarró al poste. Ahora tenía que echar una pierna por encima. Pero ¿cuál? Nunca lograba saberlo. Y cuando finalmente echó una pierna hacia arriba con una especie de brinco desesperado, tuvo una sensación pavorosa. Ahora una mitad de ella estaba en el jar-

dín y la otra mitad en los hierbajos de afuera. Se agarró desesperadamente al poste y gritó con fuerza:

—¡Esperadme!

—¡No, no la esperes, Kezia! —dijo Isabel—. Es tan tontorróna. Siempre se está enredando. ¡Vamos! —apremió, tirando del jersey a Kezia—. Si vienes conmigo, te dejaré mi cubo —añadió amablemente—. Es más grande que el tuyo.

Pero Kezia no podía dejar sola a Lottie. Corrió a buscarla. Cuando llegó, Lottie estaba totalmente acalorada y jadeaba profundamente.

—Vamos, pasa la otra pierna —dijo Kezia.

—¿Por dónde?

Lottie contempló a Kezia como si la mirase desde la cima de una montaña.

—Por aquí, por donde tengo la mano —dijo Kezia tocando el lugar.

—Ah, ¿quieres decir *ahí*? —dijo Lottie suspirando profundamente y pasando la otra pierna.

—Vamos, ahora date media vuelta, siéntate y déjate resbalar —le indicó Kezia.

—Pero si no hay donde sentarse, Kezia —farfulló Lottie.

Pero por fin lo logró y en cuanto todo hubo pasado se compuso de nuevo y empezó a animarse.

—Estoy mejorando en esto de saltar cercas, ¿verdad que sí, Kezia?

Lottie era de temperamento muy optimista.

El sombrerito rosa y azul siguió al sombrerito rojo encendido de Isabel por la cuesta empinada y resbaladiza. En la cima se detuvieron para decidir hacia dónde debían ir y para contemplar a sus anchas a quienes ya hubiesen llegado. Vistas desde atrás, con sus siluetas recortadas contra el cielo, gesticulando ampulosamente con sus palas, parecían pequeños exploradores desorientados.

Toda la familia de los Samuel Josephs estaba ya allí con su señorita de compañía, que se hallaba sentada en una banqueta portátil y mantenía el orden mediante un silbato